

GIJÓN / 7 DIAS



por M. Campa

NUESTRA PEQUEÑA ESTATUA DE LA LIBERTAD

En Gijón estamos de elecciones. Completamente absorbidos en la campaña. Al parecer, los candidatos han adoptado tales metamorfosis en su denodado afán proselitista, que uno no sabe ya por quién votar, ni siquiera si tiene derecho a voto, aunque llamado a participar sí ha sido, porque eso salió en la Tele. ¿Qué para qué son las elecciones? Tampoco uno sabe nada de cierto, aunque, haciendo memoria, tal vez se trate de elegir alcalde y presidente de la Diputación. Sí, seguramente son para eso las elecciones, porque hace unos meses ya salió en el periódico que las iba a haber, precisamente para eso. Pero un amigo nos contó que no, que la elección de alcaldes quedaba para más adelante, que ahora lo que se elegía por sufragio directo era a los presidentes de los Ateneos, vamos, de algunos poco importantes, como el nuestro. Si es verdad lo que me contó este amigo, debe tratarse de unas elecciones muy feñidas. He comprado los periódicos de aquí y, aunque veo muy mal, por las letras gordas, y por lo que lo jalean, deduzco que el candidato con más probabilidades de salir presidente de nuestro Ateneo es un tal Giscard, que al parecer procede de Soria. Aunque, por el nombre afrancesado, no sé si será uno que, años atrás, se dedicaba a entablillar escuelas por los barrios. Ayer me enseñaron un señor de gafas que, al parecer, quiere ser presidente de Francia. Me parece que es difícil que lo consiga, porque no es francés sino todo lo contrario; ahora, que si la junta «de socios fundadores» de Francia lo presenta como «candidato idóneo»..., ¿quién sabe?

Como no hay manera de saber con seguridad de qué elecciones se trata, uno, que quiere ser prevenido, se decide, para lo que proceda, por un candidato. El hombre idóneo para Gijón, ya sea desde la alcaldía, desde el Ateneo, o desde la presidencia de Francia, es —a mi modesto entender— don Julio Rodríguez, o, en su defecto, el señor Villar Palasí, también ex ministro de Educación; si ambos no hicieran de menos a estos puestos, donde solucionarían los males que aquejan a esta ciudad.

«La imaginación al poder»; ese es nuestro lema. Aunque, por algunos indicios, parece haber alcanzado ya la poltrona. ¿Recuerdan nuestras quejas al «laissez faire» y al no «laissez passer» que aplican los municipios playos al aparcamiento en doble fila y a la descarga de camiones en el centro de la ciudad? Pues bien, se dice que nuestros ediles han encontrado la solución ideal; la misma con que don Julio Rodríguez consiguió apaciguar la vida universitaria. Seamos rigurosos: los desórdenes escolares se quitan radicalmente suprimiendo los estudian-

tes, retrasando la iniciación del curso; las dificultades del tráfico, impidiendo la circulación de automóviles. ¿Qué hay camiones a todas horas en doble fila? Sabia resolución de tipo juliano: se prohíbe aparcar a los turismos y, mágicamente, desaparece la doble fila. Pero, como decía un viejo de mi aldea, «cuando veas mover las piedras del río, mira dónde está puesta la nasa». Se dice que van a mover coches; parece que proyectan prohibir el aparcamiento en parte del centro. ¿Dónde pondrán la nasa, es decir, el aparcamiento subterráneo? ¿De nuevo, el fantasma del Fomentín disfrazado? No se ha probado todavía que una medida tan drástica resulte imprescindible, puesto que la circulación en el centro de la ciudad ha sido abandonada a la ley de la selva. ¿No sería conveniente empezar por la sencilla aplicación del código por medio de la humilde grúa? Por otra parte, la creación de aparcamientos subterráneos no debe ir acompañada «del movimiento de piedras», de la prohibición desmedida de estacionar utilizarlos sobre la calzada.

Como la especulación quedó cortada hacia arriba, al limitarse la altura, ahora intentará continuar hacia abajo. Los malos hábitos son difíciles de desterrar; por ejemplo, el complejo de «Manhattan» que teníamos no ha sido superado: como había pocos rascacielos, se intenta construir otro nuevo, que simbolice el vigor de la Feria de Muestras.

Sin embargo, hemos perdido forma; íbamos camino de igualar el famoso islote neoyorquino y nos estamos quedando en nada. Si nuestros ediles continuaran la política municipal de los años pasados nos encontraríamos, sin darnos cuenta, con una nueva versión de Manhattan: se consolidarían las inundaciones de Veriña, Puerta de la Villá y las Mestas, con lo cual tendríamos: la isla, los rascacielos y hasta la estatua de la libertad, de la libertad de emigración, en la pobre Loca del Rinconín, que no es mucha libertad que digamos, pero que tiene la gran ventaja de que no se confunde con el libertinaje.

